

# La muerte y dos mujeres

GERMAN DEHESA

## Las etnias amenazadas

Con la plena conciencia de las graves condiciones en las que se halla nuestro país; y con la conciencia todavía más plena de que ya estoy al borde de la meningitis por intentar entender a seres como Mario Ruiz Massieu, o José Córdoba, o Rubén Figueroa, o Roberto Madrazo (la lista no es exhaustiva); tomo ahora la pluma y, en un acto de salud mental, decido escribir sobre asuntos que, ni de lejos, tienen que ver con la macroeconomía nacional, o con el Cártel del Golfo, o con las declaraciones de Aspe o con la explosiva situación de Guerrero. Lo dicho hasta aquí no pasa de ser un decir. Todo tiene que ver con todo y entre todos los asuntos humanos hay una misteriosa y secreta capilaridad. Diga lo que diga, estaré —abierta o cifradamente— hablando de mí, de mi país, de mi momento. Lo que sucede es que ahora se me ocurre, desde esta ilegible inminencia que es México, hablar de asuntos aparentemente ajenos. Quiero hablar de mujeres. Me encanta hablar de mujeres. Vivir, leer, mirar me han servido para intuir muy camusianamente que las comunidades amenazadas son las que desarrollan una inteligencia, un instinto, una imaginación más compleja, más arborescente, más facetada. Para estas comunidades, la riqueza de pensamiento equivale a oportunidades de sobrevivencia. De todas las comunidades (de todas las etnias) que concurren en este huidizo ámbito que llamamos "cultura occidental" (concepto poco operante en China), ninguna ha sido tan sistemáticamente amenazada, reprimida, manipulada y sometida que las mujeres. Aún hoy, con todas las proclamas de igualdad y de liberación que cotidianamente se difunden, estamos muy lejos de que nuestras semejantes alcancen ese estatuto de igualdad, de equidad y de respeto que sería el requisito indispensable para que en verdad comenzara una historia por primera vez humana. Ese será nuestro amanecer. Por lo pronto, lo que podemos certificar es que las mujeres han sobrevivido a todo aquello que las ha amenazado y que han llegado al siglo XX con un repertorio y una fortaleza que, al menos a mí, me parecen deslumbrantes. Me consta que a muchos otros les parecen amenazantes; me consta igualmente que no faltan hombres tan conmovedoramente ingenuos, que ni siquiera han percibido esta riqueza y piensan —en su no pensar— en la inferioridad femenina. Alma mía de ellos. Son incurablemente tontos y están irremisiblemente condenados a la soledad. Para ellos no son estas líneas que pretenden enunciar (no resolver) el misterio de la relación entre dos mujeres notables (¿habrá alguna que no lo sea?). Una nació en Inglaterra llamándose Virginia Stephen, aunque luego le expropió el apellido a su atónito esposo y terminó siendo Virginia Woolf. La otra nació en Nueva Zelanda y de ser Katherine Beauchamp, pasó a ser Katherine Mansfield. Por estricta decencia, he de advertir aquí que en este terreno (como en tantos otros) ya se me adelantó una mujer. Ella es mi amiga y mi colega Brianda Domecq, autora del ensayo "¿A quién temía Virginia Woolf?", que forma parte del volumen *Mujer que publica... Mujer pública*, que vio la luz hace unos meses bajo el sello de Editorial Diana. Mucho de lo que aquí diré está en deuda directa o indirecta con ese

ensayo y el curioso lector hallará ahí una cumplida pesquisa documental y una excelente bibliografía sobre el tema.

### **Estas eran dos amigas...**

...que también eran enemigas. En el sector masculino, lo usual es tener un amigo que, por tal o cual infamia real o imaginaria, se convierte en nuestro enemigo, hasta que, mediante alguna explicación no exenta de alcohol, vuelve a ser nuestro amigo. Estoy hablando de un proceso sucesivo. En el caso de estas dos mujeres, lo que estoy tratando de nombrar es una complicadísima simultaneidad. En el tramo de vida que les tocó compartir, se dedicaron a apoyarse, a descalificarse, a admirarse, a envidiarse, a competir, a repelerse, a buscarse, a necesitarse. Todo al mismo tiempo. Virginia Woolf, para bien y para mal, era una aristócrata londinense de espíritu exquisito. La Mansfield era una advenediza que, con muchos trabajos, había llegado a Londres desde esa insignificancia llamada Nueva Zelanda, y tenía también un espíritu exquisito. La Woolf vivió siempre ganada por la muerte. La Mansfield, desde su temprana tuberculosis, dedicó su vida a ganarle a la muerte. La editorial de los Woolf (Hogarth Press) publicó "Preludio", de la Mansfield. En el diario de Virginia Woolf podemos leer su gusto y su rabia (consignadas con feroz lucidez) por los éxitos de su amiga-enemiga. No muy diferentes son las opiniones que la Mansfield expresa en su correspondencia con respecto a la obra literaria de la Woolf. Ambas sabían que se necesitaban y se complementaban. Entre las dos crearon una literatura tan refinada

y sutil que, entonces y ahora, nos permite percibir a los lectores que todos los prodigios del mundo pueden estar dulcemente escondidos en un jardín; o que toda la historia de la humanidad puede estar desleída en un día en la vida de la señora Dalloway. La Mansfield murió primero (1923)... días antes había escrito: "Escribo esto. Levanto los ojos. En el jardín las hojas se mueren, el cielo es pálido y me doy cuenta de que estoy llorando. Es difícil, es difícil morir bien". Al recibir la noticia, la Woolf escribió en su diario: "Katherine ha estado muerta desde hace una semana... entonces uno siente... ¿qué? ¿Un golpe de alivio? ¿Una rival menos?... Cuando comenzaba a escribir, me parecía que ya no tenía caso. Katherine no lo leerá. Katherine ya no es mi rival..." En algún día de 1941, Virginia Woolf pidió su chal de cachemira, se arrojó en él y se arrojó al río Ouse. La muerte y el tiempo lograrán que alguna vez Katherine Mansfield y Virginia Woolf sean indistintamente dos nombres de la belleza. Sólo se salvará el encanto. El encanto de las mujeres.